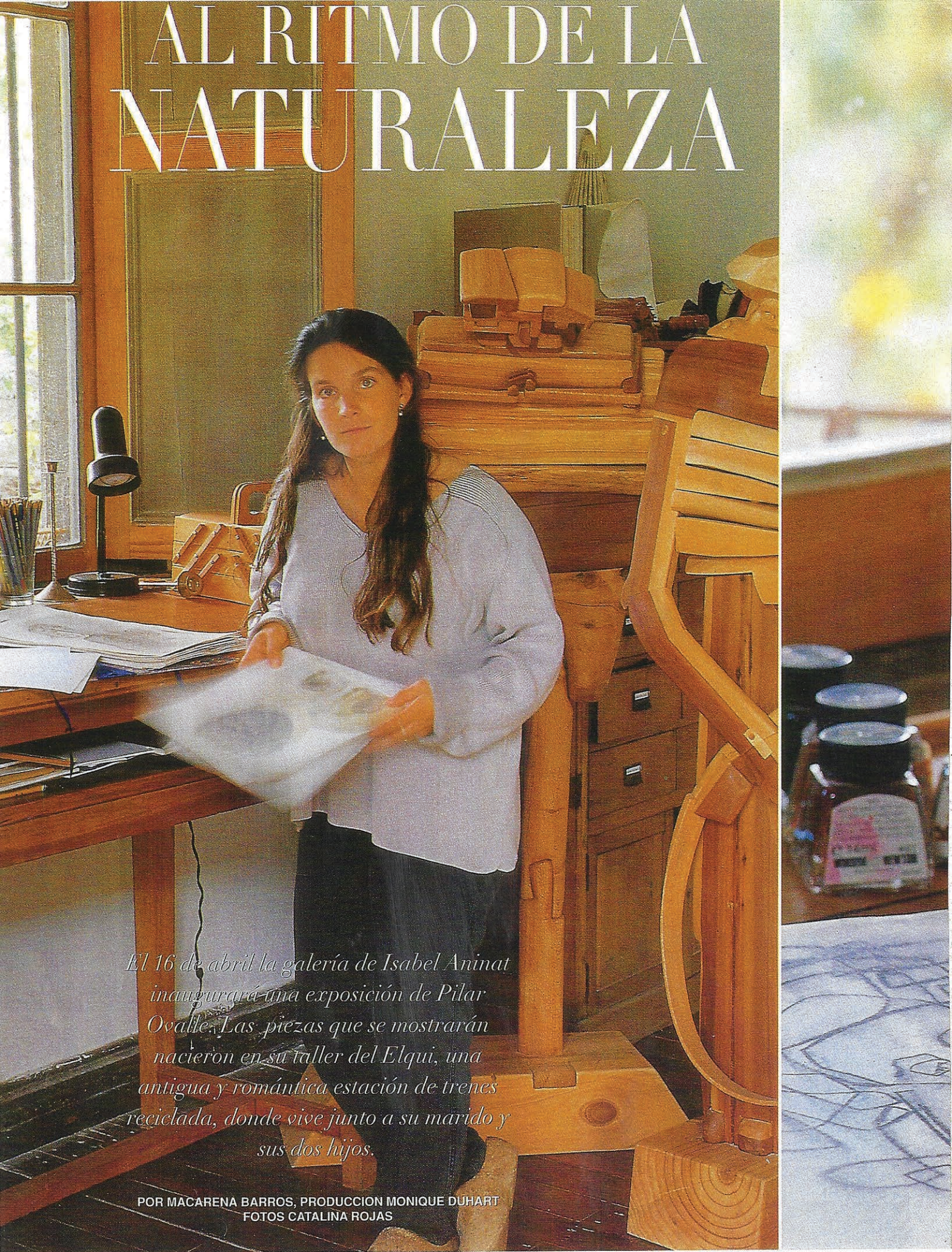


# AL RITMO DE LA NATURALEZA

A woman with long dark hair, wearing a light blue sweater, stands in a workshop filled with wooden furniture. She is holding a piece of paper. The workshop is filled with various wooden items, including a desk, a chair, and a cabinet. A window is visible on the left side of the image. The overall atmosphere is warm and natural.

*El 16 de abril la galería de Isabel Aninat inaugurará una exposición de Pilar Ovalle. Las piezas que se mostrarán nacieron en su taller del Elqui, una antigua y romántica estación de trenes reciclada, donde vive junto a su marido y sus dos hijos.*

POR MACARENA BARROS, PRODUCCION MONIQUE DUHART  
FOTOS CATALIÑA ROJAS



Cualquiera que ingrese a través del angosto camino de tierra que conduce al pueblo de Las Rojas —uno de los primeros en la verde ruta que lleva al Valle del Elqui—, podrá maravillarse con la genialidad de la joven escultora Pilar Ovalle (27 años, ganadora en dos ocasiones del concurso Fondart), por sus trabajos con las vetas, nudos, ensamblajes y doblados de maderas nativas.

Sus invenciones están a la vista en el interior y exterior de esta casa amarilla (ex estación de trenes) impregnando el lugar con su natural talento. En la galería de acceso, dos esculturas de reciente fabricación enmarcan la entrada de la antigua boletería y actual oficina de su marido, el agrónomo Bruce Strabucci, y cerca de allí, un enorme caballo de madera que su espíritu emprendedor hizo trasladar desde Coquimbo —con grúa y camión de transportes incluidos—, puerto donde lo encontró olvidado tras haber cumplido su función decorativa en el carro alegórico de alguna fiesta de la primavera.

En el interior, en tanto, no sólo la habitación donde realiza los bocetos y maquetas habla de su oficio, sino que también tiene toda una serie de objetos utilitarios que resultan de lo más inesperados y lúdicos. Entre los más simpáticos están un gran baúl y el juego de mesa y asiento con figuras morfológicas o mitológicas que ubicó en el living; dos percheros que dan cuenta de sus aprendizajes en Chiloé sobre el doblado de la madera; el caballo de juguete de su hijo Juan, de casi tres años, y la cuna para la recién nacida Clarita, que está en el corredor del patio central y que posee un cómodo asiento mecedor incorporado. “No es un diseño mío, creo que lo imaginé como esas de cuentos”, cuenta Pilar junto con explicar que todas estas piezas nacieron con posterioridad a la exposición *Mesas hechas por escultores*, colectiva realizada en mayo del 96 en Artespacio, donde aplicó por primera vez su personal técnica de trabajar la madera en un objeto de uso.

Llegados al Elqui en agosto del 96 por una investigación que fue a desarrollar Bruce, Pilar cuenta que por nada cambiaría ahora la tranquilidad y calidad de vida que tienen en el valle, aunque antes de partir le dolió el alma dejar su recién terminado taller en la calle Santa Isabel y su departamento de Pedro de Valdivia, al que le tenía bastante cariño.

Con transparencia y naturalidad comenta que aquí viven al ritmo de la luz natural, los cambios de la propia naturaleza y las necesidades del cuerpo, a un nivel más humano, dándose tiempo para almorzar juntos, estar con los niños y trabajar. “Hay espacio y tranquilidad de sobra para desarrollarse bien. El cielo es limpio, el aire es bueno y el clima soleado, pero con una brisa fresca que te mantiene como en una incubadora todo el día”, señala.

Eficiente como hormiga, Pilar hace varias cosas a la vez, sin confundirse y sin alterar aquel talento que emana. Camina por la casa moviendo su largo pelo negro, sobre unos zuecos de madera holandeses que van dejando una huella sonora (“son muy cómodos y además me protegen los pies contra posibles caídas de los pesados materiales con que trabajo”, explica). Su pequeño Juan no la pierde de vista y mientras ella nos lleva por un recorrido que terminará en el patio central, está atenta a los llantos de Clara y va disponiendo sin apuro el lavado de las lechugas para el cercano almuerzo o le comenta a Héctor, el maestro que la acompaña desde Santiago, el ancho exacto de las piezas que deberá cortar.

Por las paredes del fresco corredor que rodea al patio donde llegamos trepan copihues, buganvillas y naranjas susanas de ojos negros y a un costado de la mesa que utilizan como segundo comedor (que está bajo el parrón), nos muestra la huerta y sus frutales como damascos, higueras, nísperos, paltos, papayos, chirimoyos, manzanos y olivos.

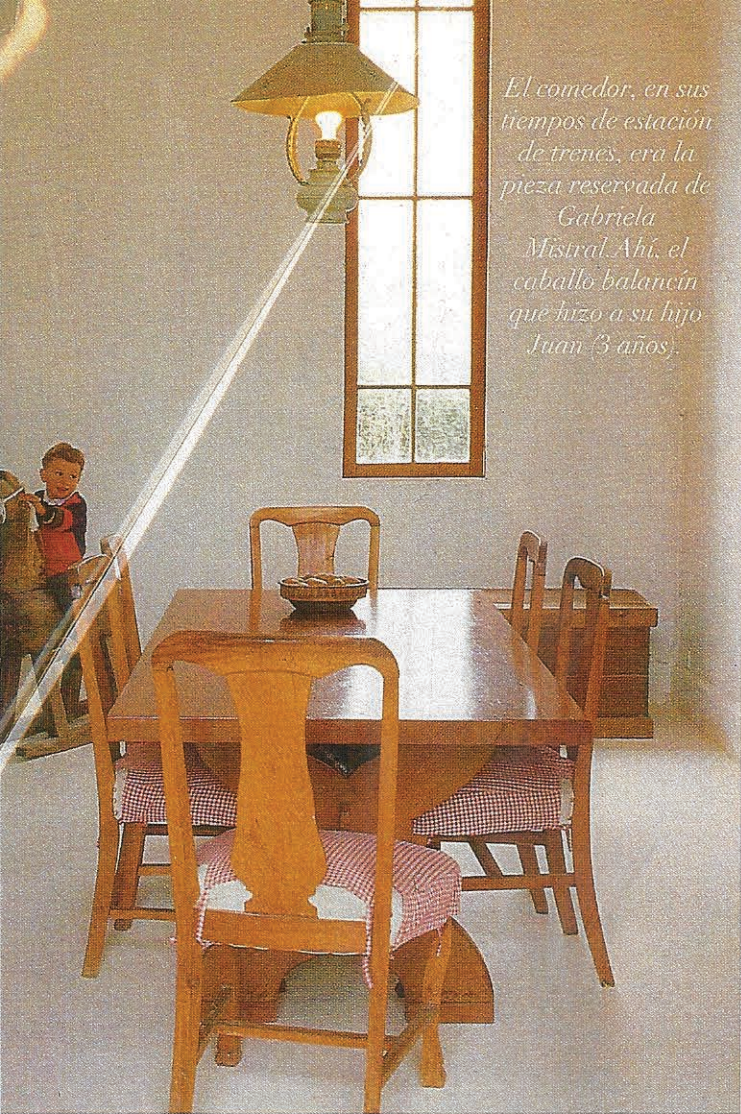
Es cuando nos lleva hacia su taller —otra construcción que está separada de la casa principal, al fondo del terreno— cuando Pilar nos cuenta que jamás pensó que aquí iba a poder trabajar tanto, de manera casi obsesiva y que la exposición que inaugurará a mediados de este mes se fue tejiendo por sí sola. Son diecinueve obras las que mostrará, de formato mediano y grande (entre 60 y 150 cm.), entre las que hay torsos humanos, cabezas y figuras



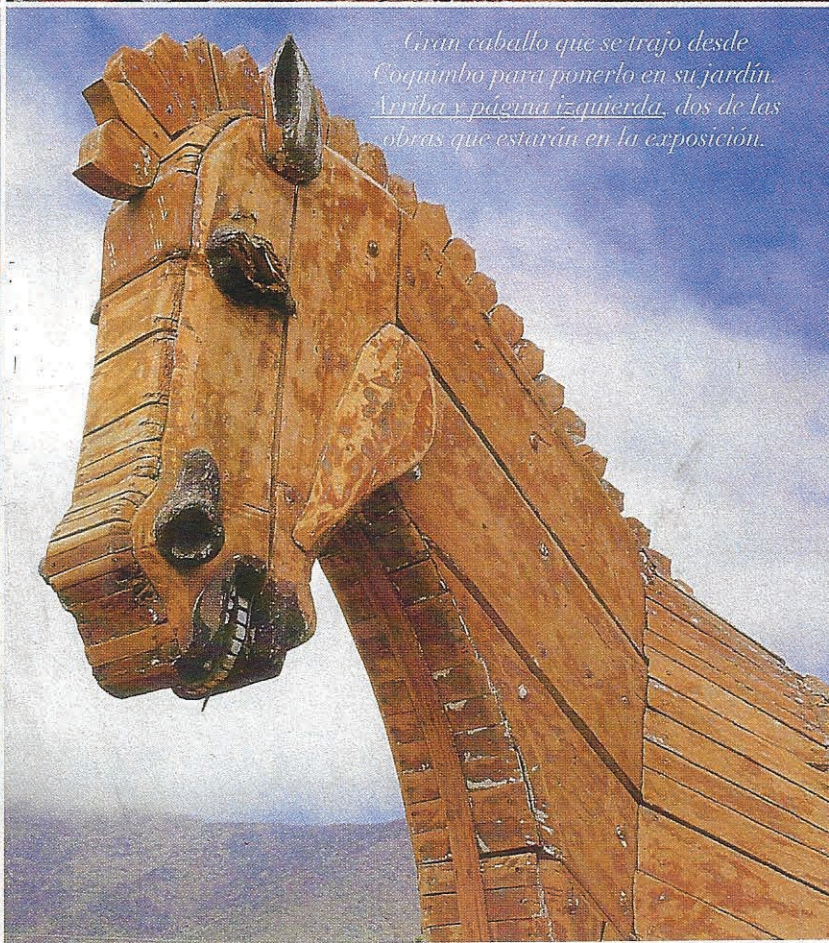
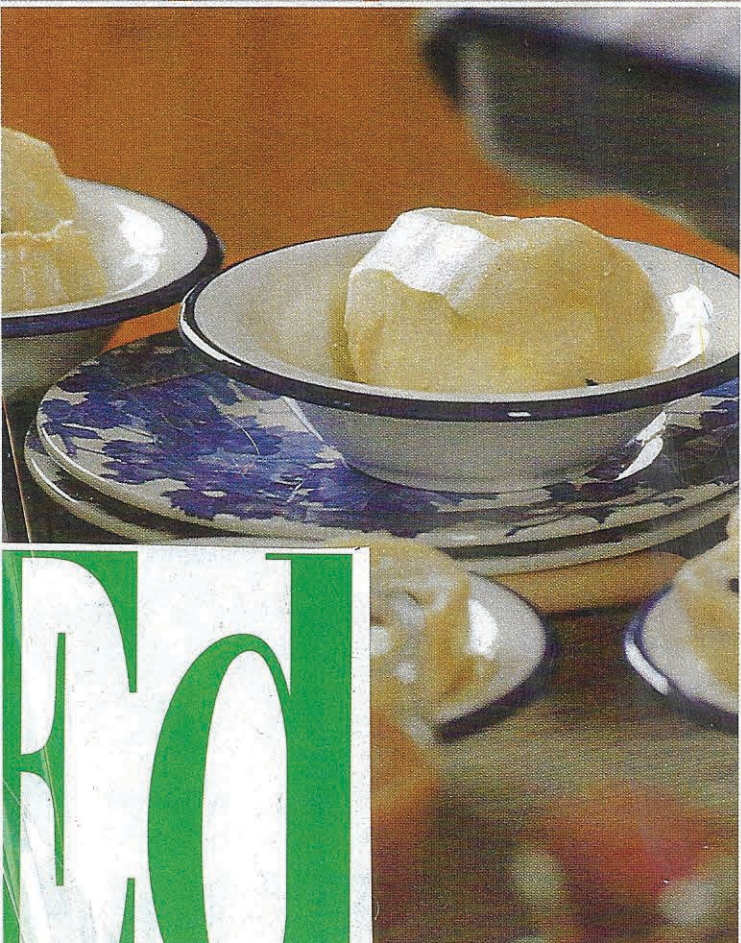
mitológicas. Algunas están dobladas, otras parecen alargadas, pero en todas se percibe que continúa evolucionando en su estilo de armar esculturas a la manera de un puzzle. Es decir, combinar maderas de diversos orígenes y coloridos, elaborando piezas que finalmente serán parte de una obra mayor. En lugar de desbastar o tallar el material, como hacen la mayoría de los escultores, sus aleaciones son como un rompecabezas que no utiliza clavos o elementos ajenos, sólo tarugos del mismo material.

Pilar sabe que lo que hace es bueno. Desde que estudiaba en la escuela de arte contemporáneo de la plaza Mulato Gil capturó la atención de sus profesores y, luego de su primera exposición, su técnica no ha dejado de ser objeto de críticas, reportajes y adulaciones. Sin embargo, entre las montañas del Elqui no puede estar más alejada de los círculos artísticos y parecen no alterar un ápice su creatividad los comentarios que otros puedan hacer sobre su trabajo. De hecho, su tour termina en un vagón de trenes que también se trajo junto al caballo desde Coquimbo. Esta es la última de sus ideas. Empecinada en restaurar su interior, está puliendo las paredes para que asome la veta de la madera y así instalar allí otro espacio más de creación. □





*El comedor, en sus  
tiempos de estación  
de trenes, era la  
pieza reservada de  
Gabriela  
Mistral. Ahí, el  
caballo balancín  
que hizo a su hijo  
Juan (3 años).*



*Gran caballo que se trajo desde  
Coquimbo para ponerlo en su jardín.  
Arriba y página izquierda, dos de las  
obras que estarán en la exposición.*

